



HOJA

Año I N.º 8

20 Febrero de 1927

PARROQUIAL

DE

Santa María la Real de la Corte de Oviedo

- EN LA PARROQUIA SE REPARTIRA A TODOS -

- FUERA DE ELLA A LOS QUE CONTRIBUYAN CON SUS LIMOSNAS -

LA VOZ DE DIOS

En aquel tiempo: En ocasión de un grandísimo concurso de gentes, que de las ciudades acudían presurosas a oír a Jesús, les dijo esta parábola: Salió un sembrador a sembrar su simiente, y al esparcirla, parte cayó a lo largo del camino, donde fué pisoteada y la comieron las aves del cielo; parte cayó sobre un pedregal, y luego que nació secóse por falta de humedad; parte cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla. Parte finalmente cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto, a ciento por uno. Dicho esto, exclamó en alta voz: El que tenga oídos para escuchar, atienda bien lo que digo. Preguntáronle sus discípulos cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras a los demás, en castigo de su malicia, se les habla en parábolas: de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es éste: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados a lo largo del camino, significan aquellos que la escu-

chan, sí; pero viene luego el diablo y se la saca del corazón, para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que, oída la palabra, recibenla, sí, con gozo; pero no echan raíces en ellos, y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre las espinas, son los que la escucharon; pero con los cuidados y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llega a dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra, denota aquellos que con corazón bueno y muy sano oyen la palabra de Dios, y la conservan con cuidado, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.—SAN LUCAS, VIII.

EL EGO DEL PASTOR

Explicada ya esta hermosísima parábola por el mismo divino Maestro que la propuso, sólo nos resta, amadísimos fieles, hacer la aplicación cada cual a sí mismo.

Aún hay otra clase de peor condición que las propuestas; la de los que no quieren oír la palabra de Dios; huyen de las explicaciones catequísticas, pláticas y sermones; no quieren leer

una cosa buena aunque se les ponga ante los ojos, y en cambio leen todo lo malo que pueden topar; en fin, hacen lo que el impío de quien dice el salmista: *No quiso entender para hacer el bien.* Estos no tienen salvación; porque «no hay peor sordo que el que no quiere oír». De éstos dijo Jesucristo que *no son de Dios; porque el que es de Dios oye la palabra de Dios.* ¡Desgraciados! Oremos por ellos.

Pero cuidemos también nosotros que la oímos, de ver el fruto que produce en nosotros esta divina semilla; porque dice el divino Maestro: *Todo árbol que no da fruto será cortado y arrojado al fuego.* Y en este caso, el oír o leer la divina palabra sólo valdrá para nuestra mayor condenación, por haber desobedecido tantas veces al mandamiento divino.

No seamos duros de corazón como un camino muy pisado, de modo que la palabra de Dios no nos llegue al alma, sino que «por un oído entre y por otro salga»; ni frívolos y de poca sustancia, sin firmeza alguna en los buenos propósitos; ni dejemos crecer en nuestro corazón las espinas de las aficiones a los deleites y bienes mundanos, que llegarán necesariamente a ahogar las virtudes. Al contrario, procuremos cavar la tierra de nuestra alma con la mortificación, meter muy al fondo la semilla con la continua meditación y arrancar con mucha diligencia y cuidado las malas yerbas por medio del sacramento de la Penitencia, abonando al mismo tiempo la buena por el de la Comunión, y así llegaremos a dar abundantes frutos.

VUESTRO PÁRROCO

No serán justificados delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen.—SAN PABLO.

La señal del cristiano

¿Qué cosa es santiguar?—Hacer una cruz con los dos dedos de la mano derecha, desde la frente hasta el pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, invocando a la Santísima Trinidad.—Mostrad cómo.—En el nombre del Padre y del Hijo † y del Espíritu Santo. Amén.

—¿Y qué es lo que debemos besar al decir Amén?—No precisamente el dedo, sino la cruz que se forma con el pulgar puesto sobre el índice.

—¿Qué hay que tener en cuenta para santiguarse bien?—Además de hacer bien la cruz y pronunciar con claridad las palabras, se deben recordar los misterios que significa y excitar los afectos a que se presta

—¿Qué misterios significamos al santiguarnos?—Principalmente el de la Santísima Trinidad, Encarnación y Redención.

—¿Cómo significamos el misterio de la Santísima Trinidad?—En las palabras que decimos, nombramos a las tres personas; y al decir «en el nombre», y no «en los nombres», indicamos que es una sola la virtud de las tres, como un solo Dios que es.

—¿Y el de la Encarnación?—De la frente, donde nombramos al Padre, bajamos al pecho, donde nombramos al Hijo, como del seno del padre bajó el Hijo a las entrañas de la Virgen María; y esto por obra del Espíritu Santo, a quien seguidamente nombramos.

—¿Y el de la Redención?—Este bien patente está al formar una cruz a semejanza de aquella en que Cristo nos redimió; y el pasar la mano de izquierda a derecha significa que, por este acto de Cristo, fuimos trasladados de la muerte a la vida.

—¿Qué afectos hemos de promover en nosotros al santiguarnos?—De agra-

decimiento a Cristo que nos redimió, de imitación en llevar la cruz con la resignación con que El la llevó, de invocación de su poder y confianza en él, de portarnos como cristianos, ya que llevamos el sello de tales, etc.

Ejemplo — San Felipe Benicio, tendido sobre unas tablas que le servían de lecho en su agonía, exclama: «Dadme mi libro». Los que le rodeaban le entregan el Breviario, creyendo que sería éste el libro que pedía, y él sigue exclamando: «Dadme mi libro». Le dan la Sagrada Escritura y sigue diciendo lo mismo.

Uno de los presentes notó que el Santo no apartaba los ojos de un crucifijo que pendía junto a su cama. Le descuelga y se le entrega; y entonces exclama él con el rostro radiante de alegría: «¡Este, éste es mi libro!.. Este es mi querido libro, en cuyas páginas durante toda mi vida me he esforzado en aprender a leer!.. ¡Es el único libro en que es necesario saber leer!...» Y abrazado con el Crucifijo exhaló el postrer suspiro.

¡Felices nosotros sí, como él, meditamos en vida los misterios de la cruz y la tenemos en muerte bien empuñada para nuestro consuelo! ¡Y cómo va desapareciendo esta costumbre, antes general, de tener el moribundo el crucifijo en las manos! ¡Señales de los tiempos!

De nada te valdrá mirarte al espejo purísimo de la ley de Cristo para descubrir tus manchas, si después no te cuidas de quitarlas.

La panacea universal

¿Y qué hay de los «alquimistas» del Catecismo en su empresa de encontrar la panacea universal, o medicina para curar todos los males?

Empresa es ésta un poco difícililla, más aún que la de la piedra filosofal; pero los discípulos van saliendo aprovechados, y aún cuando muchos se emboban y no se enteran siquiera del certamen propuesto, otros más vivos les llevan el premio. Estuvieron bastante acertaditos Manuel Martínez Mallado y Constantino Fernández Polledo, que pusieron la panacea universal en la sagrada Comunión, y Juanito Cimadevilla de las Heras, que la puso en la gracia de Dios, siendo Jesucristo el médico. ¿Quién duda que tal médico y tales medicinas pueden curar todos nuestros males? Por eso obran con mucha cordura, temporal y espiritualmente, los que en sus enfermedades recurren a estos medios, sobre todo cuando ya los humanos resultan impotentes.

No obstante aún se puede «afinar» más la respuesta. La gracia de Dios y Jesucristo, que se nos dan en la sagrada Comunión, pueden remediar todos nuestros males; pero no siempre los *remedian de hecho*. ¿Causa? Nuestras malas disposiciones. Por eso la medicina la hemos de buscar dentro de nosotros mismos; no sin la gracia de Dios, pero ésta nunca nos faltará, lo que sí suele faltar es la parte nuestra. Ya indica esto un conocido refrán: «El que no se consuela es porque no quiere». Y en efecto, por grandes que sean nuestros males, siempre podremos consolarnos pensando que otros los padecen mayores, que más sufrió Cristo por nosotros, que no hay mal que cien años dure, que, en cambio, *lo momentáneo y leve de nuestra tribulación nos proporcionará tesoros inmensos y eternos de gloria*. (II Cor. IV-17.) Así se consolaba San Ignacio mártir en medio de sus tormentos: «Mis méritos, decía él, los pesaré en la misma balanza del dolor; cuantos más tormentos sufra, tanto mayores premios recibiré».

Y en resumen, ¿qué es lo que nos ha de dar esta calma y tranquilidad en medio de las tempestades del mundo? La paciencia cristiana, y con más perfección aún, el amor de Dios, ese amor que llevaba a Santa Teresa a pedir con insistencia «o padecer o morir», y a San Juan de la Cruz a pedir sólo el padecer más, en recompensa de lo padecido hasta entonces; ese amor que cura en un instante los males de nuestra alma, expeliendo el pecado, y alivia y convierte en bienes inmensos los males de nuestro cuerpo. De modo que la paraceca universal viene a coincidir con la piedra filosofal.

¡Bendita caridad de Dios! ¿Quién llegará a apreciarte en lo que vales? ¿Quién te estrechará contra su corazón diciendo: *La así y no la soltaré, porque me vinieron todos los bienes juntamente con ella?*

JUNTA PARROQUIAL

El pasado domingo celebró sesión la Junta Parroquial, habiendo tomado, entre otros acuerdos, los siguientes:

Quedar enterada de la marcha de la suscripción parroquial, que va siendo satisfactoria, y expresar la gratitud de la Junta a cada uno de los donantes. Los gastos hasta 31 de Enero fueron pesetas 419'90; y los ingresos hasta la misma fecha 180'40; resultando un déficit de 239'50. Se espera ir saldando este déficit porque mucho de lo gastado existe en especies y la lista de donantes va aumentando.

Adherirse con entusiasmo a la organización dada por el Cardenal Primado a la Acción Católica española, viendo también con satisfacción que las normas dadas por nuestro ilustrísimo Prelado para la diócesis de Oviedo han servido de base para las generales, lo

que ha de estimular a los buenos católicos a trabajar a las órdenes de tan sabio caudillo.

Acoger con simpatía la publicación de la revista de nuestro Centro Diocesano titulada «Acción Católica», cuyas orientaciones seguirá la Junta como órdenes, al mismo tiempo que por medio de la HOJA PARROQUIAL dará a conocer a sus redactores los insignificantes trabajos que en esta parroquia se hacen. Se acordó también contribuir con la suscripción que suplica. Y no hubo más asuntos de transcendencia

MOVIMIENTO PARROQUIAL

Cultos.—Hoy los de los Terciarios, a las seis. Estos ganan indulgencia plenaria el lunes y el martes. Misas, catecismos y rosario a las horas de costumbre.

Bautizados.—El día 10, Clara Catalina Modroño García, nacida el 22 del pasado, Azcárrega 36. El día 12, María del Rosario Rogelia Guisasola Martínez, nacida el 5 de éste, Tenderina 3. Sea para servir a Dios.

LA SUSCRIPCION PARROQUIAL

Prosigue: D.^a Palmira Jove, D.^a Josefa Blanco, D.^a Brígida Cortina, D. Antonio García, D. Patricio Pérez, Encarnina Santirso, M.^a del Socorro Galindo Pondal, D.^a Joaquina Muñiz, D. Urbano Villanueva, D.^a Ignacia G. del Río, D.^a Carmen Sánchez, D.^a Cecilia Cortina, D.^a Joaquina Fernández, D.^a Luisa Alonso, D. Juan Mendidagoitia, D.^a Amalia Gutiérrez y D.^a Fermina Fernández. (Continuará)

EFFECTO NATURAL

En una tertulia se hablaba de D.^a Amparo, mujer muy temible por su maledicencia.

—¿Saben ustedes que se ha envenenado?—dijo uno.

—No tiene nada de particular—repuso otro—. Se habrá mordido la lengua.